

Y venció la vida ante la muerte

Hugo Carlos Millán de Silva

Esta es la hazaña de un rey que mediante una batalla hizo frenar una guerra que aún no ha terminado. Pues cuando más convencido estaba nuestro pueblo de la victoria y cuando la paz parecía haberse ya asentado en nuestra tierra, el enemigo resurgió con más fuerza declarando otra vez la guerra que devasta tierras, pueblos y culturas. Esta gloriosa batalla que supuso la paz durante tantos años en nuestra patria es la de las Navas de Tolosa.

El protagonista de esta historia, reconocido como honorable rey por descender de Rodrigo Díaz de Vivar, admirado por ser sabio al no temer a la muerte y quien es recordado como héroe por haber salvado a toda una civilización, es Alfonso VIII. Tal noble señor, por su sangre y por su persona, había sido derrotado en la batalla de Alarcos, desintegrándose algunos territorios de la Corona de Castilla. El avance del terror era incesante y su amenaza muy alarmante, pues suponía la pérdida de una civilización en manos de otra. Así, el papa declaró una cruzada que reuniría en un mismo bando a nuestro rey castellano con el reino de Aragón y múltiples ejércitos del Norte de Europa. A última hora, tomando las decisiones estratégicas de la batalla y organizando a un variado ejército de hombres de distintas naciones, pero fuertemente unidos por el temor al enemigo, llegó Sancho VII, rey de Navarra, con un gran ejército de soldados que fueron recibidos con esperanza y agradecimiento. Sin embargo, no muy lejos de este lugar, se iba armando un gigantesco ejército de hombres tanto andalusíes como norteafricanos y provenientes de otras regiones lejanas del este. En total eran 60 000 árabes que se enfrentaban a 27 000 de los nuestros.

Cuando por primera vez cruzaron las miradas, al ver la enorme multitud de bestias hambrientas ansiosas por matar a cristianos sin temer a sus muertes, los castellanos, aragoneses y navarros fueron dominados por el temor y el desánimo. Avanzaron cuesta arriba y fueron diezmados por una lacerante lluvia de flechas y, tras haber terminado con el primer frente árabe, que era el menos preparado, retrocedieron. Esto provocó al ejército enemigo seguir al cristiano pisándolo con su caballería. La derrota era evidente.

Es en este preciso momento, cuando el honorable y sabio rey Alfonso VIII le gritó a su ejército personal que allí morirían todos, y tras pedir la bendición al arzobispo, empuñando fuertemente su espada, la levantó y avanzó con un grito seguido por su tropa. Los reyes navarro y aragonés se unieron a su queridísimo aliado y, bajando de las lomas los tres bellísimos ejércitos reales con sus banderas, vestiduras y armamentos distinguidos, atravesaron milagrosamente toda la batalla, galopando hasta llegar al mismo campamento del cabeza árabe, que huyó humillantemente mostrando su cobardía. El esclavo ejército del enemigo, al verse sin amo, se llenó de temor y superstición, mientras el ánimo de los cristianos iba aumentando por el orgullo hacia sus reyes. Entonces la derrota pasó a ser victoria y venció, una vez más, la vida ante la muerte.

Volvieron a sus naciones los ejércitos y fueron alegremente recibidos en sus hogares. Entonces se asentó la paz y el regocijo durante muchos siglos. Se reconquistaron las tierras perdidas y hubo muchos años de grandísima prosperidad. Además, estos reinos se unieron formando España. Pero es ahora, ocho siglos después, cuando el enemigo nos golpea otra vez sembrando el terror. Tomemos el ejemplo de nuestros antepasados uniéndonos para derrotar una vez más al enemigo. Pues estamos técnicamente más preparados que aquellos que lucharon por sus hijos, pero más confundidos que ellos, y es en esto en lo que les debemos imitar: en su esperanza, fortaleza y unidad, logrando así terminar con esta guerra ajena a nuestra tierra y que tanto odiamos.